



65. LA CORONACIÓN DE ESPINAS.

La sentencia de Cruz

Salió Pilato otra vez afuera, y les dice: –Ved, os le traigo afuera, para que conozcáis que no hallo en él crimen alguno.

Salió, pues, Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto de grana. Les dice Pilato:

–Ved aquí el hombre.

Cuando le vieron, los sumos sacerdotes y los ministros gritaron diciendo:

–Crucifícale, crucifícale.

Les dice Pilato:

–Tomadle vosotros y crucificadle, pues yo no hallo crimen en él.

Le respondieron los judíos:

–Nosotros ley tenemos, y según la ley, debe morir, pues se ha hecho hijo de Dios...

Viendo Pilato que nada aprovechaba, sino que más bien se promovía un alboroto, tomando agua se lavó las manos en presencia del pueblo, diciendo:

–Inocente soy de la sangre de este justo: vosotros lo veréis.

Y respondiendo todo el pueblo, dijo:

–Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

Entonces Pilato, queriendo dar satisfacción a la turba, dio sentencia que se hiciese lo que ellos pedían.

Y les entregó a Jesús a su voluntad, para que fuese crucificado.

*San Mateo XXVII, 24-26; San Marcos XV, 15;
San Lucas XXIII, 24-25; San Juan XIX, 4-7, 16.*

Núm. 66.–Explicación de la lámina:

El artista está a la altura del asunto. El momento supremo, decisivo, del proceso de Jesús, está admirablemente escogido y representado.

Después de la coronación de espinas Pilato ha presentado dos veces a Jesús ante los sanhedritas y el populacho amotinado. « ¡Ved ahí al hombre!», les dijo la primera vez. ¡Ahí tenéis a vuestro Rey! añadió la segunda. Ellos..., cual los pinta el artista, con aullidos de hiena, con gestos de tigre, rechazan al rey y reclaman al hombre. «A ese hombre, gritan, clavarlo en un palo: ¡nuestro rey!... no queremos otro rey que al César. Pilato, cobarde, da sentencia de muerte, y... se lava las manos. Pero si Pilato no logra justificarse de la sangre del justo, ellos que desean beberla, que la llaman sobre sus cabezas y las de sus hijos, han firmado la sentencia de su reprobación. El rey que acaban de elegir se encargará de ejecutarla.

Pero el cuadro del artista no es solamente una escena de horrores y cobardías; sobre el fondo negro de estos crímenes se cierne la paz y la luz; no es la apacibilidad riente del paisaje, ni la serena majestad de la columnata corintia; es la figura tranquila, resignada, benigna del hombre, del Rey, que en medio de los furores y de las cobardías atrae hacia sí nuestros ojos y nuestros corazones: es Jesús, Hijo de Dios, que obediente y amoroso acepta la sentencia de cruz para aplacar la justicia divina y redimir al linaje humano.



66. LA SENTENCIA DE CRUZ.

Los lamentos de las hijas de Jerusalén

Los soldados, habiendo despojado a Jesús de la clámide de grana, le vistieron sus propios vestidos, y le llevaron a crucificar.

Salió Jesús del pretorio llevando él su Cruz.

Al salir de la ciudad encontraron un hombre de Cirene, que pasaba por allí y venía del campo: se llamaba Simón... Le detienen, y le fuerzan a que, tomando la Cruz sobre sus hombros, la llevase detrás de Jesús.

Le seguían gran muchedumbre de pueblo y de mujeres, las cuales le plañían y lamentaban. Mas Jesús, volviéndose a ellas, les dijo:

—Hijas de Jerusalén: no lloréis sobre mí, sino llorad más bien sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos. Porque, mirad, días vendrán en que dirán: «Dichosas las estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron». Entonces comenzarán a decir a los montes: «Caed sobre nosotros», y a los collados: «Sepultadnos». Porque si esto hacen en el leño verde, ¿en el seco qué se hará?

Eran también llevados otros dos, que eran malhechores, para ser ajusticiados con él.

*San Mateo XXVII, 31-32; San Marcos XV, 20-21;
San Lucas XXIII, 26-32; San Juan XIX, 16.*

Núm. 67.—Explicación de la lámina:

Hay que recordar varias circunstancias para apreciar la exactitud arqueológica e histórica del artista.

La calle escogida por W. Hole no forma parte de la tradicional Vía dolorosa: es la calle de los zapateros. El tradicional camino de amargura parte de la fortaleza Antonia y termina en el monte Calvario; mas aunque estos puntos extremos fueran ciertamente auténticos, el camino mismo que recorrió el Salvador está cubierto por las ruinas de la antigua ciudad, sobre cuyos escombros se levanta la moderna Jerusalén.

Es conforme a la verdad histórica el que los verdugos del Señor fueran cuatro soldados, mandados por un centurión, que va montado. Lo es también la caída del Señor, aunque no la mencionen los evangelistas. Entre las hijas de Jerusalén pinta el artista, en primer término, a la Verónica; suprime, en cambio, el encuentro de Jesús con su Madre Santísima, que, aunque omitido por los evangelistas, es sumamente probable.



67. LOS LAMENTOS DE LAS HIJAS DE JERUSALÉN.

Crucifixión de Jesús

Llegan al lugar llamado «Cráneo,» que en arameo se llama «Gólgota», y le dieron vino con mirra: mas él, habiéndolo probado, no lo quiso beber.

Y allí le crucificaron, y con él a los dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda, y en medio a Jesús, Era la hora tercia cuando le crucificaron. Y se cumplió la escritura que dice (Is 53, 12): «Y fue contado entre los inicuos». Jesús decía:

–Padre, perdónalos, pues no saben qué se hacen.

Escribió también Pilato una inscripción o título, en que estaba escrita la causa de Jesús, y la mandó poner sobre la cruz, por encima de su cabeza. Y estaba escrito:

ÉSTE ES JESÚS EL NAZARENO, EL REY DE LOS JUDÍOS.

Este título lo leyeron muchos de los judíos, pues estaba cerca de la ciudad el sitio en que fue crucificado Jesús. Y estaba escrito en hebreo, en griego y en latín. Dijeron, pues, a Pilato los sumos sacerdotes de los judíos:

–No escribas «El Rey de los Judíos», sino «Éste dijo: yo soy rey de los judíos».

Respondió Pilato:

–Lo escrito, escrito está.

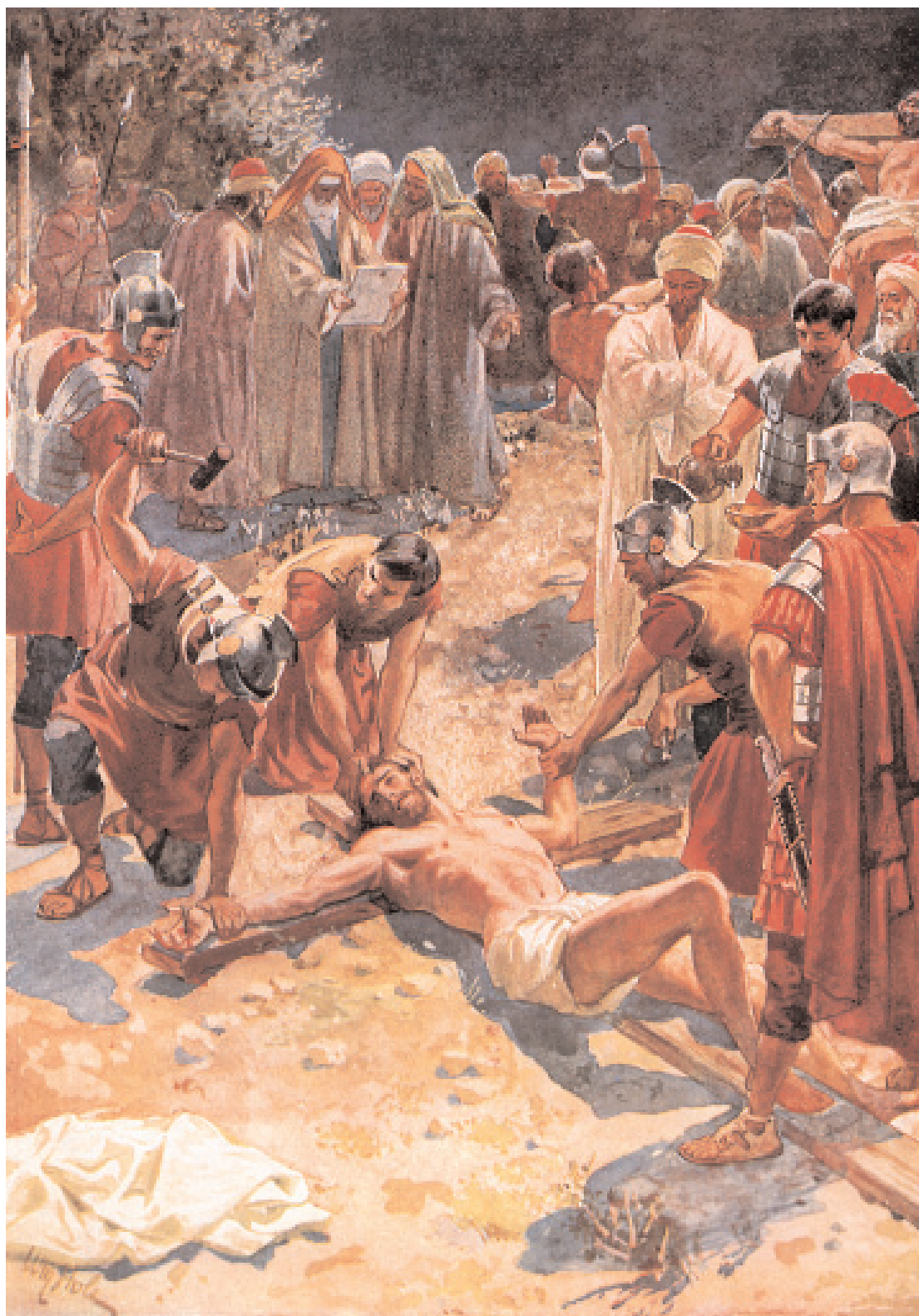
San Mateo XXVII, 33-38; San Marcos XV, 22-28;

San Lucas XXIII, 33-38; San Juan XIX, 18-22.

Núm. 68.–Explicación de la lámina:

El artista supone, aunque no sin alguna duda, que el Calvario era una pequeña colina al norte de la muralla actual, cerca de la llamada Cueva de Jeremías, no lejos de la puerta de Damasco: «Las razones aducidas, escribe W. Sinclair, son más imaginarias que reales». Los críticos católicos, generalmente, reconocen como auténtico el Calvario tradicional, especie de protuberancia roqueña, redonda y pelada, al noroeste de Jerusalén, dentro del recinto de la ciudad actual, pero «fuera de las puertas de la ciudad» en tiempo del Salvador, a unos 100 metros de la segunda muralla. La basílica construida por Santa Elena, cuya historia puede seguirse hasta nuestros días, tenía señalado el lugar por la estatua de Venus que Adriano había erigido sobre el Gólgota. Ni es de creer que los Obispos de Jerusalén o los peregrinos cristianos hubieran olvidado tan pronto el sitio donde Jesús murió por nuestra salud.

Los modos de crucifixión eran dos: ya se crucificaba al reo antes de levantar la cruz, ya, más generalmente, después de levantarla. El artista ha preferido el primer modo, aunque menos común y probable. La impasibilidad repugnante con que algunos sanhedritas contemplan la crucifixión, mientras que otros se enfurecen por la inexactitud del título, están muy en su punto.



68. CRUCIFIXIÓN DE JESÚS.

María al pie de la cruz

Los que pasaban le injuriaban moviendo la cabeza y diciendo
—¡Tú que destruías el Templo y lo reedificabas en tres días, sálvate ahora a ti mismo, si eres Hijo de Dios, baja de la cruz!

Igualmente también los pontífices, con los escribas y ancianos, decían:
—¡A otros ha salvado, y ahora a sí mismo no se puede salvar! ¡Si es el rey de Israel, que baje ahora de la cruz y creeremos en él!

¡Tenía puesta su confianza en Dios, pues que le libre ahora si es que le ama!

Junto a la cruz de Jesús estaba su Madre y la hermana de su Madre, María la de Cleofás y María Magdalena. Jesús, pues, viendo a su Madre, y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su Madre:

—«Mujer, he ahí a tu hijo.»

Luego dice al discípulo:

—«He ahí a tu Madre.»

Y desde aquella hora la tomó el discípulo por suya.

San Mateo 27,39-42; San Juan XIX 25-27.

Núm. 69.—Explicación de la lámina:

La cruz era el suplicio más infame: suplicio de traidores, asesinos, esclavos, criminales. Era, además, dolorosísimo. El menor dolor era el de las manos y los pies al ser traspasados por los clavos. A no tardar, las heridas se inflamaban; la sangre congestionada en el cerebro, en el corazón y en los pulmones, causaba una opresión angustiosa de pecho y agudísimos dolores de cabeza. A esto se añadía la fiebre, acompañada de sed abrasadora, y la postura violentísima del crucificado con la tensión y rigidez consiguiente de todos sus miembros.

En parte alivio, aunque también en parte acrecentamiento de sus penas, fue para Jesús la presencia de su Madre Santísima. El diálogo de Jesús moribundo, con San Juan, lo expresa el artista admirablemente. En representación de todos los fieles, el discípulo amado adquiere el derecho, sellado con la sangre del Redentor, al amor maternal de la Madre de Jesús: desde entonces María es nuestra Madre.

Por eso el Evangelio nos dice que Jesús viendo a su madre, y junto a ella al Apóstol Juan, dijo a su madre «¡Mujer, he ahí a tu hijo! y que luego al Apóstol dijo también: «¡He ahí a tu madre!» Si lo hubiera dicho de esta forma hubiéramos podido creer, que Jesús entregaba a su madre solamente al Apóstol Juan. Pero al decir, que junto a su madre estaba *el discípulo que amaba*, que no fue a Juan, sino *al discípulo que amaba*, al que se la entregó por madre, nos ha querido decir, que Jesús, por medio del Discípulo Amado, nos ha dado su madre a todos los que somos discípulos amados de Jesús, que somos todos los que guardamos sus mandamientos.



69. MARÍA AL PIE DE LA CRUZ.

Jesús expira en la cruz

Llegada la hora sexta, faltó el sol, y las tinieblas cubrieron toda la tierra hasta la hora nona. Cerca ya de la hora nona, clamó Jesús con poderosa voz diciendo:

—«Eloí, Eloí ¿lamá sabakhthaní?» Que quiere decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»

Algunos de los que allí estaban, habiéndolo oído, decían:

—Mirad, llama a Elías.

Después, viendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo:

—«Tengo sed.»

Había allí un vaso lleno de vino agrio. Al punto, pues, corriendo uno de ellos tomó una esponja, y empapándola en el vino agrio, la clavó en una caña de hisopo, y acercándosela a la boca, le daba de beber... Jesús, habiendo tomado el vino agrio, dijo:

—«Acabado está.»

Y clamando de nuevo con grande voz, dijo:

—«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»

Dicho esto, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Y el velo del santuario se rasgó por medio de arriba abajo. Y la tierra tembló, y las peñas se quebraron. Y los sepulcros se abrieron, y muchos cuerpos de los santos que descansaban resucitaron; y saliendo de sus sepulcros, después de la resurrección de Jesús, entraron en la santa ciudad, y se aparecieron a muchos.

El centurión, que estaba enfrente de Jesús, y los que con él quedaban guardándole, viendo el terremoto y las cosas acaecidas, y que Jesús había expirado clamando, se atemorizaron sobremanera, y dando gloria a Dios, dijeron:

—«Verdaderamente, este hombre era justo e Hijo de Dios.»

Y todas las turbas que se habían reunido allí a este espectáculo, considerando las cosas acaecidas, se volvían golpeándose el pecho.

*San Mateo XXVII, 45-54; San Marcos XV, 33-39;
San Lucas XXIII, 44-48; San Juan XIX, 28-30.*

Núm. 70.—Explicación de la lámina:

La muerte de Cristo fue nuestra redención, nuestra salud y nuestra vida. Asociado Jesús a la humanidad prevaricadora, y constituido cabeza del linaje humano, quiso salir responsable ante la justicia divina de nuestros crímenes.



70. JESÚS EXPIRA EN LA CRUZ.

La sepultura de Jesús

Llegada la tarde, como era Parasceve, víspera del sábado, vino José de Arimatea, hombre rico, que era senador, varón bueno y justo, que se había hecho también discípulo de Jesús, pero oculto, por miedo de los judíos, y fue resueltamente a pedirle el cuerpo de Jesús a Pilato.

Pilato se extrañó que ya hubiera muerto, e informado por el centurión de que había muerto, le cedió el cadáver.

José compró una sábana limpia para envolver a Jesús.

Vino también Nicodemo, el que fue a estar con él de noche al principio trayendo una mezcla de mirra y de áloe, como de unas cien libras.

Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en la sábana con aromas, como es costumbre enterrar entre los judíos.

Había en el lugar donde había sido crucificado un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, que José había excavado para sí en la peña, en el cual nadie había sido puesto, y como el sepulcro estaba cerca, colocaron allí a Jesús, y rodaron una gran piedra sobre la entrada del sepulcro. Las mujeres que le habían acompañado desde Galilea, miraban de cerca y observaron el sepulcro y como le habían colocado, y, cuando regresaron, prepararon aromas y mirra para embalsamarle, pero el sábado descansaron.

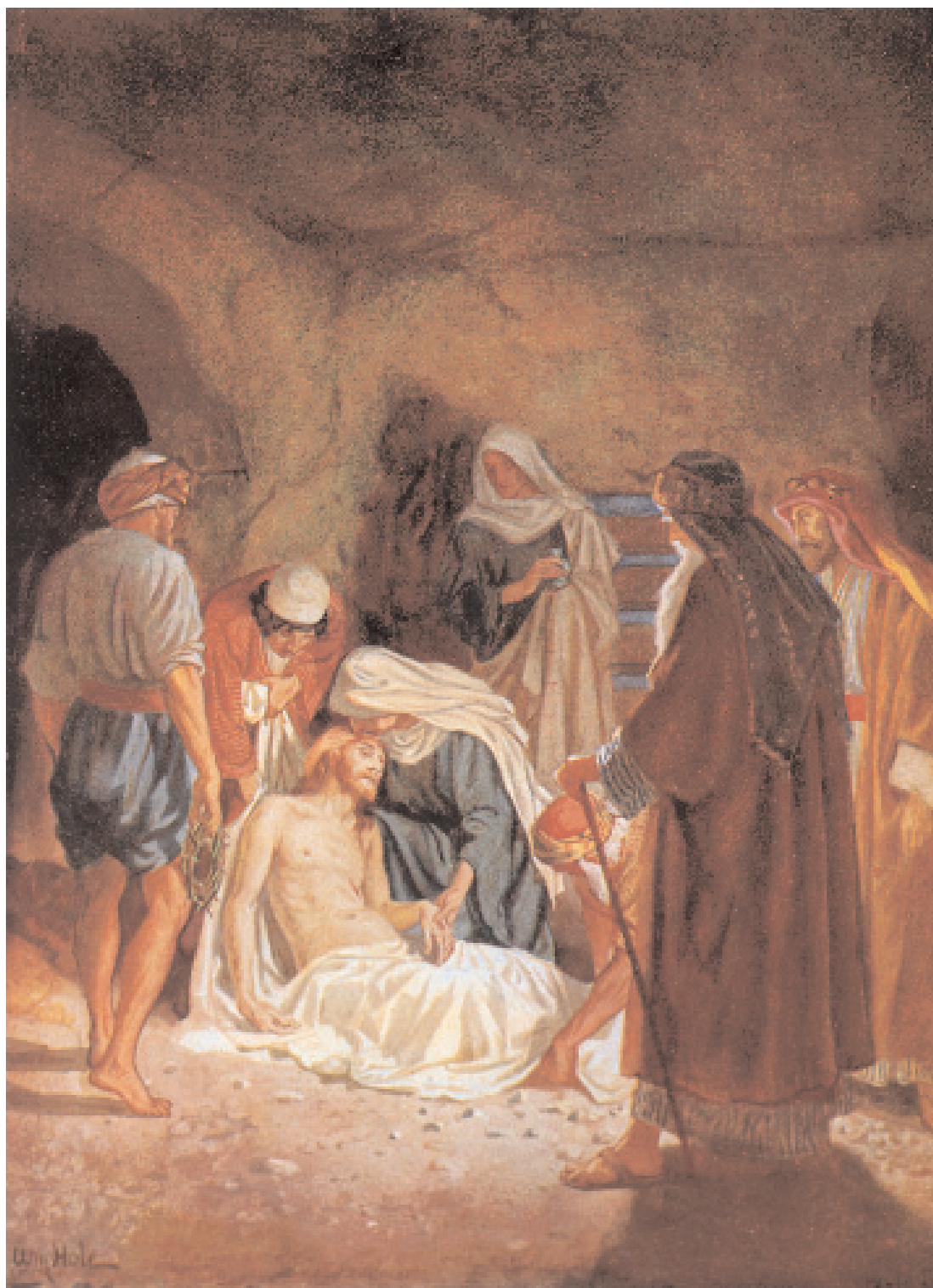
San Mateo XXVII, 57-60; San Marcos XV, 42-46;

San Lucas XXIII, 50-54; San Juan XIX, 38-42.

Núm. 71.—Explicación de la lámina:

Según la ley judía, los ajusticiados no debían quedar colgados: antes de la noche se les debía dar sepultura. En cambio, la ley romana disponía que los cadáveres permaneciesen clavados en la cruz, y nadie, sin permiso de la autoridad, podía desclavarlos para darles sepultura. Este permiso pidió y obtuvo del Procurador el noble sanhedrita José de Arimatea (hoy Rentis, junto a Lydda). Otro miembro del Sanhedrín, Nicodemo, discípulo igualmente de Jesús, aunque también oculto hasta entonces por respetos humanos, se asoció a José, llevando consigo la enorme cantidad de 100 libras (casi tres arrobas y media) de especies aromáticas, mezcla de mirra y áloe.

Según la explícita afirmación de San Juan y ciertas expresiones sueltas de los cuatro evangelistas, Jesús fue sepultado según la costumbre ordinaria de los judíos. Lavado el cadáver y ungido con aroma, era cuidadosamente envuelto en lienzos: largas vendas rodeaban cada miembro separadamente, un sudario cubría la cabeza, y todo el cuerpo, empapado en esencias aromáticas, era envuelto en un amplio lienzo o sábana, y depositado en el sepulcro. Todo esto lo hicieron José y Nicodemo, ayudados, sin duda, de algunos criados, aunque no de las mujeres, que se contentaron con ver lo que se hacía.



71. LA SEPULTURA DE JESÚS.

Dos ángeles anuncian a las mujeres la resurrección de Jesús

Así que pasó el sábado, María Magdalena, María de Santiago y Salomé compraron perfumes para ungir el cuerpo de Jesús. Y muy de mañana, el primer día de la semana, cuando todavía estaba oscuro, se encaminaron al sepulcro, llevando los perfumes que habían preparado. Y llegaron, salido ya el sol.

Y entrando en el sepulcro, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús.

Y mientras estaban consternadas en su espíritu, he aquí que aparecieron en pie junto a ellas dos jóvenes, revestidos de larga túnica blanca y refulgente: y ellas quedaron estupefactas. Como estuviesen temerosas e inclinasen su rostro a la tierra, uno de los dos ángeles, sentado a la derecha, dijo a las mujeres: «No temáis vosotras: pues sé que buscáis a Jesús el de Nazaret, el que fue crucificado. ¿Por qué buscáis al vivo entre los muertos? No está aquí: pues resucitó, como lo había dicho... Venid, y ved el lugar donde fue puesto el Señor. Pero, pronto, id y decid a sus discípulos y a Pedro que ha resucitado: y sabed que irá antes que vosotras a Galilea: allí le veréis, como os lo previno...».

Mas ellas, saliendo de prisa, huyeron del sepulcro: porque se había apoderado de ellas el temor y el espanto: y (por entonces) a nadie dijeron nada... (Mas luego vueltas en sí) se volvieron del sepulcro con grande gozo para anunciar a los discípulos lo que habían visto.

*San Mateo XXVIII, 1-8; San Marcos XVI, 1-8;
San Lucas XXIV, 1-9.*

Núm. 72.—Explicación de la lámina:

La disposición del sepulcro aquí representado descríbela así el artista: «Tiene unos 15 pies de largo, con 11 de ancho y ocho de alto, y está dividido transversalmente por un arco rebajado que sostiene el techo. La sepultura completa, para un cadáver, está formada por una gran losa de piedra caliza, levantada sobre el suelo e introducida en una hendidura excavada en la roca para su sostén, formando así con el muro una especie de sarcófago. Una cavidad adicional practicada en la roca, sirve para recibir la cabeza». La disposición adoptada por otros es algo diferente.

El artista, siguiendo la narración de San Lucas, introduce dos ángeles de pie en la escena; San Marcos habla de un solo ángel, a quien las mujeres vieron sentado a la derecha. Las conciliaciones probables de estas leves divergencias son dos principalmente. Una es, que dichos evangelistas se refieran a dos grupos distintos de mujeres. Otra, más sencilla, que San Marcos hable del primer momento y del ángel que les habló, el cual, sentado al principio, luego les habló de pie, acompañado de otro ángel, a quien acaso no habían visto precedentemente. De todos modos, la presencia de Magdalena, la que está casi de espaldas a la derecha, junto al sepulcro, no parece propia, pues antes de entrar con las demás mujeres, luego que vio el sepulcro vacío, se volvió a Jerusalén.



72. DOS ÁNGELES ANUNCIAN A LAS MUJERES QUE JESÚS HA RESUCITADO.

Pedro y Juan van a ver el sepulcro vacío

El día primero de la semana, María Magdalena, vino muy de mañana, cuando aún estaba oscuro, al sepulcro, y vio la piedra quitada del sepulcro. Corrió a buscar a Simón Pedro y al otro discípulo a quien amaba Jesús, y les dijo: Han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde le han puesto.

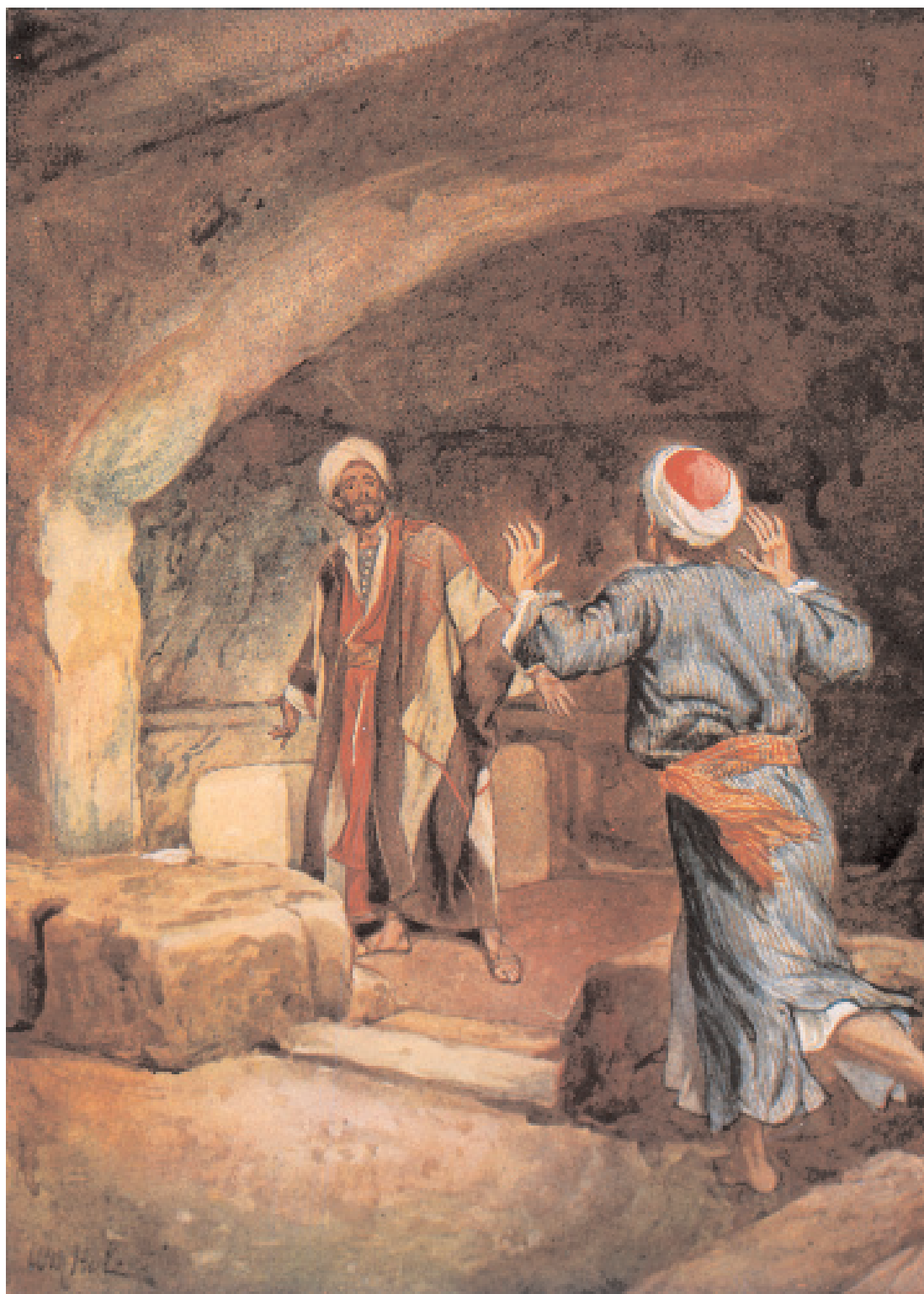
Salió Pedro y el otro discípulo (a quien amaba Jesús), y se dirigían al sepulcro. Corrían los dos juntamente; mas el otro discípulo, como corría más aprisa, se adelantó a Pedro y llegó primero al sepulcro. Y agachándose, vio los lienzos en el suelo, mas no entró. Llega, pues, Simón Pedro en pos de él, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos en el suelo, y además el sudario, que había estado puesto sobre su cabeza, no en el suelo con los lienzos, sino plegado en un lugar aparte. Entonces, pues, entró también el otro discípulo, que había llegado primero al sepulcro, y vio y creyó; porque todavía no habían entendido la Escritura, que decía ser necesario que él resucitase de entre los muertos. Se volvieron, pues, de nuevo los discípulos adonde estaban.

San Juan XX, 1-10.

Núm. 73.—Explicación de la lámina:

La narración de San Juan, por más impersonal que aparezca en la corteza, está llena de recuerdos personales y de pormenores, tan interesantes como exactos, que bastarían por sí solos para acreditar la autenticidad del Cuarto Evangelio. Juan, más joven, llega antes, pero por aprensión o por deferencia aguarda a Pedro: entretanto se inclina, pues la entrada del sepulcro era baja, y ve los lienzos, las vendas que habían envuelto los miembros del Señor, puestos aparte: señal evidente de que allí no estaba el cuerpo de Jesús. Llega Pedro, y más intrépido que Juan, entra en el sepulcro, y ve no sólo las vendas dejadas, sino el sudario cuidadosamente plegado en otro lugar. Mientras lo examina todo con atenta admiración, entra Juan, y, como se desprende de su narración, lo observa también todo atentamente. Entonces los dos discípulos cayeron en la cuenta de que aquellas señales no eran de un robo, como había supuesto Magdalena. «Jesús —discurrían ellos— no está aquí, tampoco lo han robado: luego...». Recordaron que la Escritura anunciaba la resurrección del Mesías, y creyeron que Jesús había resucitado.

Esta admiración, esta fe, las representa el artista con maravillosa viveza.



73. PEDRO Y JUAN VAN A VER EL SEPULCRO VACÍO.

Aparición de Jesús a María Magdalena

El primer día de la semana, María Magdalena, aquella de quien Jesús había lanzado siete demonios vino de madrugada, estando todavía oscuro, al sepulcro, y vio que la piedra había sido quitada del sepulcro...

María estaba de pie junto al sepulcro, fuera, llorando. Y así llorando, se inclinó para mirar dentro del sepulcro; y ve dos ángeles con vestiduras blancas, que estaban sentados, uno a la cabeza y otro a los pies, del sitio donde había sido puesto el cuerpo de Jesús.

Y le dicen ellos:

—Mujer, ¿por qué lloras?

Les dice:

—Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto.

Como hubo dicho esto, se volvió atrás, y vio a Jesús de pie: y no sabía que era Jesús. Le dice Jesús:

—Mujer, ¿por qué lloras? ¿a quién buscas?:

Ella, imaginando que era el hortelano, le dice:

—Señor, si tú le has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo tomaré.

Le dice Jesús.

—¡María!

Ella, volviéndose a él, le dice en hebreo:

—¡Rabbuní!, que quiere decir: ¡Maestro!

Le dice Jesús:

—No me toques: pues todavía no he subido al Padre; sino ve a mis hermanos, y diles: «Subo a mi Padre y Padre vuestro; a mi Dios y vuestro Dios.

Fuese María Magdalena a dar la nueva a los discípulos, diciéndoles:

—He visto al Señor y me ha dicho esto.

Mas ellos, oyendo que estaba vivo y que ella lo había visto, no la creyeron.

San Marcos XVI, 9-11; San Juan XX, 11-18.

Núm. 74.—Explicación de la lámina:

Si la narración diáfana de San Juan necesitase comentario, el artista nos lo daría admirable. En el cuadro, como en el evangelista, todo es exacto, todo exquisito, Pero lo que más sobresale, más que la luz matinal, más que el magnífico paisaje o la propiedad arqueológica, es la figura de Jesús, tan afable como digna, tan atractiva y tan imponente, que con un gesto de majestuosa autoridad detiene a la Magdalena, que al reconocer a su Maestro se abalanza a sus pies.



74. APARICIÓN DE JESÚS A MARÍA MAGDALENA.

Aparición a los dos discípulos que iban a Emaús

He aquí que aquel mismo día dos de los discípulos iban de camino a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén sesenta estadios (unos 11 kilómetros). Iban conversando entre sí de todas estas cosas que habían acaecido. Y sucedió que mientras ellos conversaban y discutían, el mismo Jesús, llegándoseles, caminaba, con ellos. Pero sus ojos estaban deslumbrados, de suerte que no le reconocieron. Les dijo:

—¿Qué conversaciones son esas que tenéis entre vosotros mientras vais caminando? Porque vuestros rostros están tristes.

Uno de ellos, llamado Cleofás, respondiendo, le dijo:

—«¿Eres tú el único forastero que no te has enterado de lo que ha pasado en Jerusalén en estos días?»

Él respondió: «¿qué?»

Ellos le dijeron: —Lo de Jesús de Nazaret, que fue un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo le entregaron nuestros sumos sacerdotes y magistrados para que fuese condenado a muerte, y le han crucificado. Nosotros esperábamos que él fuera el que había de libertar a Israel...

Él entonces les dijo:

—¡Oh insensatos y lerdos de corazón para creer en todo lo que dijeron los profetas! ¿Por ventura no era esto necesario que el Mesías padeciese y así entrase en su gloria?

Y comenzando por Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les iba interpretando en todas las Escrituras lo que se refería a él. Y llegados cerca de la aldea adonde se dirigían, él hizo ademán de seguir adelante. Mas ellos le forzaron diciéndole:

—Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado.

Y entró para quedarse con ellos. Y acaeció que sentado a la mesa con ellos, habiendo tomado el pan lo bendijo, y después de partirlo se lo daba. Se abrieron entonces sus ojos y le reconocieron, más él desapareció de la vista de ellos. Se dijeron entonces el uno al otro:

—¿Por ventura no ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras él nos hablaba en el camino y nos abría el sentido de las Escrituras?

Y levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, y hallaron a los Once y a sus compañeros reunidos, que decían: «Verdaderamente el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón». Y ellos referían lo acaecido en el camino, y cómo le reconocieron en la fracción del pan.

San Marcos XVI, 12-13; San Lucas XXIV, 13-35



75. APARICIÓN DE CRISTO A LOS DOS DISCÍPULOS QUE IBAN A EMAÚS.

Núm. 75.—Explicación de la lámina anterior:

La identificación de Emaús con alguna aldea existente no se ha logrado aún con entera certeza. Con todo, el dato suministrado por San Lucas, de que Emaús distaba de Jerusalén 60 estadios (unos 11 kilómetros), no conviene a Emaús-Nicópolis, que dista unos 176 estadios al Oeste, ni a Kolonieh, que sólo dista unos 30 al Noroeste, sino más bien a Kubeibeh, al Noroeste, que dista 60 estadios.

En los designios de Jesús la manifestación a Cleofás y a su anónimo compañero tenía un carácter transitorio: quería preparar el ánimo de los Apóstoles para la gran aparición de aquella noche. Si con tantos avisos y testigos, apenas acababan de creer en la resurrección de Jesús, que se dejaba tocar y pedía de comer, ¿qué hubiera sido si de improviso se les hubiera presentado delante? El creer, como creen los racionalistas, en la credulidad de los Apóstoles, es un recurso desesperado, tan absurdo en psicología como en teología.

Aparición de Jesús a Pedro

Los once y los que con ellos estaban, reunidos en Jerusalén, decían: «Verdaderamente, el Señor ha resucitado, y se ha aparecido a Pedro».

San Lucas XXIV, 33-34.

Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, y fue sepultado, y al tercer día resucitó según las Escrituras, y se manifestó a Pedro.

San Pablo 1 Cor XY, 3-5.

Núm. 76.—Explicación de la lámina:

El hecho de la aparición de Jesús al Príncipe de los Apóstoles, además de San Lucas, lo testifica San Pablo (1 Cor XV, 5): todas las demás circunstancias de lugar y tiempo nos son desconocidas. El artista conjetura que fue después de anochecido y junto al palacio de Caifás. «Podemos pensar, anota, que Pedro, retraído de la compañía de sus condiscípulos a incapaz de reposar, andaba errante sin saber a dónde por las calles silenciosas, iluminadas por la luna. El azar le condujo a la puerta del palacio de Caifás, y allí, en el lugar mismo de su malhadado lance, goza de la presencia de su Señor resucitado, y recibe la seguridad generosamente, otorgada de su perdón».

En gracia de su hermoso cuadro se le pueden perdonar a W. Hole sus ficciones e inexactitudes. Lo del palacio de Caifás es, por lo menos, una ficción caprichosa, sin fundamento histórico ni psicológico. La hora avanzada, que a juzgar por la altura de la luna ya menguante no distaría mucho de la medianoche, es enteramente inexacta. Cuando los dos discípulos de Emaús llegaron a Jerusalén, todavía no había anochecido; y ya corría la voz entre los discípulos de que el Señor se había aparecido a Pedro; lo cual supone que se habría aparecido bastante antes. No había anochecido, cuando llegaron; y aun Jesús no se había aparecido a los once, y según San Juan, se apareció al anoecer.



76. APARICIÓN DE JESÚS A PEDRO.

Aparición de Jesús a los Apóstoles

Siendo ya tarde, aquel mismo día, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas de la casa donde estaban los discípulos, por el miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio de ellos, les dice:

—La paz sea con vosotros.

Y dicho esto, les mostró las manos y el costado. Se alegraron, pues, los discípulos viendo al Señor...

Tomás, uno de los Doce, llamado Dídimo (que significa mellizo), no estaba con ellos, cuando vino Jesús. Le dijeron, pues, los otros discípulos:

—Hemos visto al Señor.

Él les respondió:

—Si no viere en sus manos la marca de los clavos y no metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y no metiere mi mano en su costado, no lo creo.

De allí a ocho días, estaban allí dentro otra vez los discípulos, y Tomás con ellos. Viene Jesús, cerradas las puertas, y puesto en medio de ellos les dijo:

—La paz sea con vosotros.

Luego dice a Tomás:

—Trae acá tu dedo, y mira mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado: y no seas incrédulo, sino creyente.

Respondió Tomás y le dijo:

—¡Señor mío y Dios mío!

Le dice Jesús:

—¡Porque me has visto, has creído! Bienaventurados aquellos que no vieron y creyeron.

San Juan XX, 19-29.

Núm. 77.—Explicación de la lámina:

La aparición de Jesús a Santo Tomás, el Gemelo, es una de las más instructivas y consoladoras. Primeramente, la actitud obstinada del Apóstol y las exorbitantes condiciones que exige para creer, nos muestran palpablemente lo poco imaginativos y crédulos que eran aquellos rudos galileos. Mucho más inclinados eran a tomar a Cristo por un fantasma, que no a tomar un fantasma por Cristo. Pero fue tanta la luz, la evidencia, con que Cristo se le mostró resucitado, que su terca incredulidad se trocó repentinamente en una fe incondicional y avasalladora, que le derribó a los pies de Cristo, y le arrancó aquella confesión inmortal, no sólo de su resurrección, sino de su divinidad: Señor mío y Dios mío. La respuesta de Jesús, si por una parte acepta la fe y aprueba la confesión de Tomás, por otra parte nos enseña que para creer no son menester milagros o manifestaciones personales, sino que basta el testimonio veraz de los que él se escogió como testigos de su resurrección; y que es más meritoria y afortunada la fe de los que no vieron y no obstante creyeron, que la de aquellos que gozaron la dicha envidiable de contemplar a Jesús en la gloria radiante de su resurrección.



77. APARICIÓN DE JESÚS A LOS ONCE ESTANDO PRESENTE TOMÁS.

Aparición a siete discípulos junto al lago

Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, el llamado Dídimo, y Natanael, el de Caná de Galilea, y los hijos del Zebedeo y otros dos de sus discípulos. Les dice Simón Pedro:

—Voy a pescar.

Le contestan los demás:

—Vamos también nosotros contigo.

Salieron, y subieron en la barca. Y en toda la noche no pescaron nada. Cuando ya venía la mañana, se presentó Jesús en la ribera: mas no conocieron los discípulos que era Jesús. Les dice, pues, el Señor:

—Muchachos, ¿tenéis algo que comer?

Le respondieron:

—No.

Él les dijo:

—Echad la red a la derecha de la barca y hallaréis.

La echaron, pues, y ya no podían arrastrarla por la muchedumbre de los peces. Dice, pues, aquel discípulo a quien amaba Jesús a Pedro.

—Es el Señor.

Simón Pedro, pues, así que oyó que era el Señor, se ciñó la vestidura exterior, que se había quitado; y se echó al agua. Los otros discípulos vinieron con la barca, pues no estaban lejos de tierra más de unos doscientos codos, arrastrando la red de los peces. Cuando saltaron a tierra, vieron brasas puestas y un pescado sobre ellas, y pan. Les dice Jesús.

—Traed acá de los pescados que acabáis de coger.

Subió Simón Pedro, y arrastró hasta la playa la red llena de grandes pescados, que eran ciento cincuenta y tres. Y siendo tantos, no se rompió la red. Les dice Jesús:

—Venid, almorzad.

Y nadie de los discípulos osaba preguntarle: «Tú ¿quién eres?», sabiendo que era el Señor. Viene Jesús y toma el pan y se lo reparte, y asimismo el pescado.

San Juan XXI, 1-14.

Núm. 78.—Explicación de la lámina:

Terminadas las fiestas pascales, los Apóstoles se volvieron a Galilea sin su Maestro. Después de una noche poco afortunada, se les presentó a la orilla una persona desconocida: a sus indicaciones echaron de nuevo la red, y la sacaron llena de peces. La pesca maravillosa descubrió al desconocido. Juan, con su mirada de águila, le conoció, y dice a Pedro: «Es el Señor»; y Pedro, con su fervor característico, echándose encima su corta túnica, se lanzó al agua para salvar a nado los 100 metros que le separaban de la orilla y de su Maestro.



78. APARICIÓN DE JESÚS A SIETE DISCÍPULOS JUNTO AL MAR DE GALILEA.

La ascensión de Jesús

Comiendo Jesús con los discípulos, les ordenó que no se retirasen de Jerusalén, sino que aguardasen la Promesa del Padre, diciendo:

—Yo voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre que os anuncie; vosotros permaneced en la ciudad, hasta que seáis revestidos de fortaleza desde lo alto. Porque Juan bautizó en agua: mas vosotros seréis bautizados en Espíritu Santo de aquí a no muchos días.

Le preguntaban, pues, los que se habían reunido, diciendo:

—Señor, ¿vas a restablecer en este tiempo el reino a Israel?

Mas él les dijo:

—No os toca a vosotros conocer los tiempos o los momentos oportunos, que el Padre reservó en su potestad; pero recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén y en toda la Judea y Samaria y hasta los últimos confines de la tierra...

Habiendo dicho esto, los sacó afuera hacia Betania, y levantadas las manos los bendijo. Y sucedió que mientras él los bendecía, se desprendió de ellos, y viéndolo ellos fue elevado y era llevado en alto al cielo: y una nube interpuesta debajo se lo escondió a su vista. Y el Señor Jesús fue encubierto hasta el cielo, donde está sentado a la diestra de Dios.

Y estando ellos con la vista fija en el cielo, mientras él se alejaba, he aquí que se les presentan dos varones con vestiduras blancas, los cuales les dijeron:

—Varones galileos, ¿por qué estáis ahí mirando al cielo? Este Jesús, que ha sido levantado de entre vosotros y llevado al cielo, volverá de esta misma manera como le habéis contemplado irse al cielo.

San Lucas XXIV, 46-52; Hechos de los Apóstoles 1, 4-12.

Núm. 79.—Explicación de la lámina:

Las circunstancias de la Ascensión, combinados los datos dispersos de San Lucas con los de la tradición primitiva, parecen ser éstas. O bien avisados por el Maestro, o bien atraídos por la próxima fiesta de Pentecostés, los Apóstoles volvieron a Jerusalén. Reunidos en el tradicional cenáculo, se les apareció Jesús por última vez; y después de participar de su mesa, santificada sin duda por el convite eucarístico, los llevó por el conocido camino de Betania hasta el monte Olivete, a un kilómetro o poco más de distancia; y en la cumbre de aquel monte, en el sitio en que tres siglos más tarde la emperatriz Santa Elena levantó su templo, bendiciendo amorosamente a los suyos, se fue elevando por los aires con pausada majestad, llevando tras sí los ojos y los corazones de todos, hasta que aquella nube envidiosa le ocultó a las miradas humanas.

Como subió, con esta misma gloria y majestad, bajará un día para juzgar a los vivos y a los muertos.



79. LA ASCENSIÓN DE JESÚS.

Jesucristo presente en su Iglesia

Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.

San Mateo XVIII, 20.

He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del mundo.

San Mateo XXVIII, 20.

Tú ores Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia.

San Mateo XVI, 18.

Núm. 80.—Explicación de la lámina:

«La Ascensión, escribe el artista, no es el fin de la Gran Historia; y la obra del pintor sería incompleta si no tratase de dar forma sensible a la verdad de que, según el Maestro ha prometido, su presencia y su bendición permanecen con sus fieles adoradores hasta el fin de los siglos.»

Muchas veces nosotros leyendo los Evangelios sentimos cierta nostalgia, añorando la suerte de aquellas gentes que convivieron con Jesús y tuvieron la dicha de verle y escucharle, y así se cumple en nosotros las palabras del Señor, cuando les decía: «¡Dichosos vuestros ojos porque ven, y vuestros oídos porque oyen! Porque en verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oír lo que vosotros oís y no lo oyeron» (Mt13, 17). Pero si tuviéramos verdadera fe, no deberíamos sentir tristeza por no haber podido ver ni escuchar personalmente al Señor, pues sabemos con toda certeza que aquel mismo Jesús que recorría predicando la Judea y la Galilea, lo tenemos ahora en el Sagrario, dispuesto a escucharnos y a concedernos todo lo que nos conviene si con viva fe y asiduidad se lo pedimos.

Es verdad que nosotros en el Sagrario no podemos ver a Jesús, pero sabemos con absoluta certeza que él está allí, y que nuestra confianza en él le agrada muchísimo más que cuando sus paisanos acudían a él, como se lo manifestó a Santo Tomás cuando le dijo:

«¡Oh Tomás! porque has visto has creído. Bienaventurados los que creyeren sin haber visto» (Jn 20, 29).

Hagamos, pues, lo que nos dice el Apóstol: «Acerquémonos confiadamente al trono de la Gracia, para alcanzar misericordia y obtener el socorro de la gracia en el momento más oportuno» (Heb 4, 16). No hay duda de que el Trono de la Gracia es el Sagrario, donde se halla sentado el mismo Autor de la Gracia. Acerquémonos, pues, con confianza, sin temor y con plena seguridad, de que obtendremos lo que deseamos, al trono de Dios, que para los fieles cristianos es «Trono de Gracia», es decir, de misericordia y no de justicia, y fuente de todas las gracias espirituales para todas las necesidades.



80. CRISTO PRESENTE EN SU IGLESIA.

RELACIÓN DE LÁMINAS

1. El ángel anuncia a María la Encarnación del Verbo.
2. María va a la montaña de Judea y saluda a Isabel.
3. María y José llegan a Belén.
4. El ángel anuncia a los pastores el nacimiento del Salvador.
5. Los pastores adoran al niño Jesús, reclinado en el pesebre.
6. Presentación del niño Jesús en el Templo.
7. Llegada de los Magos a Jerusalén.
8. Los Magos, adoran y ofrecen dones al Niño.
9. La vuelta de Egipto.
10. Primera niñez de Jesús en Nazaret.
11. Jesús, en el Templo en medio de los doctores.
12. La juventud de Jesús.
13. El Bautismo de Jesús.
14. Jesús va al desierto, guiado por el Espíritu.
15. Jesús en el desierto.
16. Satanás, derrotado, huye de Jesús,
17. Los primeros discípulos de Jesús.
18. Jesús, acompañado de sus cinco primeros discípulos.
19. Jesús y María, en las bodas de Caná.
20. Jesús arroja del Templo a los profanadores.
21. Entrevista de Nicodemo con Jesús.
22. Jesús y la Samaritana,
23. Jesús, desechado en Nazaret.
24. Primeras curaciones milagrosas de Jesús en Cafarnaúm.
25. Predicación de las parábolas del Reino de Dios.
26. Primera pesca milagrosa.
27. Vocación de San Mateo.
28. El Sermón de la Montaña.
29. Jesús limpia a un leproso.
30. La fe del Consunción.
31. Jesús resucita al hijo de una viuda de Naín.
32. Una mujer pecadora llora a los pies de Jesús.
33. Jesús calma la tempestad.
34. El endemoniado de Gerasa.
35. El paralítico de Cafarnaúm.
36. Curación de la hemorroísa.
37. Resurrección de la hija de Jairo.
38. Jesús cura al paralítico de la piscina.
39. Primera multiplicación de los panes.

40. Jesús camina sobre el mar de Tiberiades.
41. La mujer cananea a los pies de Jesús.
42. Jesús promete a Pedro el Primado de la Iglesia.
43. La Transfiguración.
44. El niño lunático.
45. Jesús defiende y perdona a la mujer adúltera.
46. El leproso samaritano agradecido al Señor.
47. Jesús, hospedado en casa de Marta y María.
48. Jesús acaricia y bendice a los niños.
49. La resurrección de Lázaro.
50. Jesús quiere hospedarse en casa de Zaqueo.
51. Jesús cura al ciego Bartimeo.
52. Entrada triunfal de Cristo en Jerusalén.
53. Los sanhedritas interpelan a Jesús por su autoridad.
54. Al anochecer Jesús contempla a Jerusalén.
55. Jesús lava los pies a sus discípulos.
56. Institución de la Eucaristía.
57. La Oración del Huerto.
58. La prisión de Jesús en el Huerto.
59. Jesús, ante el Sanhedrín presidido por Caifás.
60. Jesús mira a Pedro después que lo ha negado.
61. Jesús es presentado a Pilato.
62. Jesús, interrogado secretamente por Pilato.
63. Jesús, ante Herodes Antipas.
64. Flagelación de Jesús.
65. La coronación de espinas.
66. La sentencia de cruz.
67. Lamentos de las hijas de Jerusalén
68. Crucifixión de Jesús.
69. María al pie de la cruz.
70. Jesús expira en la cruz.
71. La sepultura de Jesús.
72. Los ángeles anuncian la resurrección.
73. Pedro y Juan van al sepulcro.
74. Aparición de Jesús a María Magdalena.
75. Aparición a los discípulos de Emaús.
76. Aparición de Jesús a Pedro.
77. Aparición de Jesús a los Apóstoles.
78. Aparición de Jesús junto al mar de Galilea.
79. La Ascensión del Señor.
80. Cristo presente en su Iglesia.